

¿Argumentos o consignas?

Quien está dispuesto a seguir un argumentario es porque en algún momento decidió dejar de pensar por su cuenta

MANUEL CRUZ



Reconozco que mantengo una peculiar relación con ese artefacto teórico-político denominado argumentario, habitual en los partidos, que los elaboran para distribuirlos entre sus militantes y cuadros con objeto de que luego estos hagan uso de ellos en su quehacer diario correspondiente.

Por un lado, el artefacto mismo tiende a provocar en mí un cierto rechazo, en gran parte por deformación profesional (si ser filósofo se puede considerar una profesión). En efecto, la palabra «argumentario» viene asociada a un conjunto de afirmaciones –con inequívoca aspiración a terminar siendo difundidas a través de los medios de comunicación– que se transmiten jerárquicamente, de arriba abajo, sin posibilidad alguna del menor debate ni discusión y, por tanto, sin el menor derecho a la discrepancia por parte de los destinatarios. En ese sentido, podríamos decir que la palabra se traiciona a sí misma, en la medida en que, lejos de albergar los argumentos que anuncia, en realidad constituye el recipiente en el que quienes controlan la organización vierten regularmente las consignas que desean ver propagadas.

Pero, por otro, los argumentarios me generan una extraña sensación, a medio camino entre la ternura y la vergüenza ajena. La primera tiene que ver con la constatación de la ingenuidad con la que quienes elaboran tales piezas creen que, con la mera enunciación de los mensajes, persuadirán a sus receptores. El alipori me lo produce la pasmosa inconsistencia de las afirmaciones que se pretende difundir. Como muestra, un botón. No han faltado analistas que han señalado las fases por las que pasan los argumentarios de las formaciones políticas cuando sufren una denuncia por corrupción. Primero, se niegan rotundamente los hechos; luego, se denuncia el desigual trato por parte de quienes investigan y juzgan y, finalmente, se circunscribe la responsabilidad a unos pocos casos aislados que en modo alguno representan a la organización, la cual no solo no participaba en absoluto en tales comportamientos, sino que, además, era por completo ignorante de su existencia. Repárese en que cada una de estas fases niega o invalida la anterior, por lo que el hecho de que abunden los que transitan, con acritica ligereza, de una a otra sin el menor conflicto interior resulta francamente inquietante.

En realidad, los argumentarios no reflejan lo que sus autores piensan, sino lo que quieren que piensen sus destinatarios. ¿Qué es entonces lo que ellos piensan realmente? Quizá no piensan nada en absoluto porque conciben los argumentos como meras herramientas de movilización, pero no de conocimiento. ¿Y qué decir respecto a los segundos? Pues que quien está dispuesto a seguir un argumentario es porque en algún momento, en el fondo de su corazón, decidió dejar de pensar por su cuenta.

El coste invisible de sostener la vida

MARÍA GULJARRO CEBALLOS

Secretaria de Estado de Igualdad y para la Erradicación de la Violencia contra las Mujeres

Los cuidados deben convertirse en una responsabilidad colectiva, sostenida por políticas públicas y una organización social y laboral que no obligue a elegir entre atender y vivir

Hay informes que describen la realidad y otros que la dejan al descubierto. 'El Estado de las Paternidades en España 2026', presentado hace unos días en el Ministerio de Igualdad, pertenece a la segunda categoría. No habla solo de madres y padres, sino del modelo de sociedad que hemos construido y de sus límites. Y lo hace con una claridad difícil de esquivar: en España, cuidar sigue siendo sinónimo de renunciar.

El dato más revelador no es uno, sino una suma de carencias: falta de tiempo –casi siete de cada diez progenitores declaran no tenerlo para descansar–, falta de seguridad económica –más de la mitad vive con preocupación financiera y el 40% destina más del 50% de sus ingresos a la crianza– y falta de horizonte –el 70% no planea ampliar la familia por ausencia de condiciones, no de deseo–.

Hay, sin embargo, un cambio social innegable. Las paternidades están evolucionando. Los hombres quieren ser padres presentes, implicados y corresponsables. Pero esta transformación convive con un sistema laboral, económico e institucional que no ha acompañado ese cambio. De esa disonancia nace una tensión silenciosa entre el deseo de cuidar y la dificultad real de hacerlo.

Porque cuidar, hoy, tiene un precio. Se paga en salarios, en carreras profesionales, en salud mental y en tiempo de vida. Y, sobre todo, se paga en desigualdad. Aunque la corresponsabilidad avanza, sigue siendo incompleta. Las mujeres continuamos asumiendo la mayor parte de la carga, especialmente la invisible: la planificación, la anticipación, la gestión cotidiana del hogar.

Cuando llega el momento de conciliar, esa desigualdad se hace evidente. El 90% de quienes reducen su jornada o solicitan excedencias para cuidar son mujeres. Nosotras seguimos ajustando nuestras trayectorias vitales al cuidado. Ellos, en cambio, suelen adaptar horarios sin reducir horas ni salario.

No son decisiones individuales, sino estructuras. Mientras el 82% de los hombres con responsabilidades de cuidado no modifica su situación laboral, ese porcentaje desciende al 67% en el caso de las mujeres, además con mayores costes: jornadas reducidas, trayectorias interrumpidas y pérdida de ingresos. Esta dinámica explica una parte sustancial de la brecha salarial de género: la igualdad formal convive con una desigualdad material persistente.

Se han dado pasos importantes en políticas públicas –la equiparación de permisos, su ampliación o el refuerzo de la educación de 0 a 3 años–, pero las normas sociales, la cultura empresarial y las inercias económicas siguen condicionando su impacto. Muchos hombres no ejercen plenamente sus derechos por temor a represalias laborales.



JOSÉ IBARROLA

Muchas mujeres prolongamos las excedencias porque el sistema sigue esperando que cuidemos nosotras. El resultado es una corresponsabilidad frágil.

El informe también revela una paradoja: cuidar es, a la vez, lo que más satisface y lo que más desgasta. Hay vínculo, sentido y

Estamos ante un modelo social desfasado: los cuidados no pueden depender del sacrificio individual

Hay además una dimensión decisiva, el tiempo. No solo cuánto se trabaja, sino cómo se distribuye. Quién puede descansar o formarse y quién acumula jornadas dobles invisibles. En esa geografía del tiempo, la desigualdad se reproduce con precisión.

No estamos ante una crisis de valores, sino ante un modelo social desfasado. Durante décadas, el cuidado se consideró una responsabilidad privada, confinada al ámbito doméstico. Ese modelo ha agotado su recorrido.

Hoy necesitamos un cambio de paradigma. Los cuidados no pueden depender del sacrificio individual ni del sacrificio desi-

gual de las mujeres. Deben convertirse en una responsabilidad colectiva, sostenida por políticas públicas, un mercado laboral compatible con la vida y una organización social que no obligue a elegir entre cuidar y vivir.

España se encuentra en un punto de inflexión. Somos una sociedad que quiere avanzar, familias que ya no respondemos a esquemas tradicionales y un marco institucional que empieza a situar los cuidados en el centro. Pero arrastra un modelo productivo que sigue funcionando como si nada hubiera cambiado.

Esa contradicción no es sostenible. No lo es demográficamente, cuando tener hijos se convierte en un riesgo económico. No lo es socialmente, cuando el tiempo se convierte en un privilegio. No lo es en términos de igualdad, cuando cuidar sigue teniendo género. La buena noticia es que el diagnóstico ya está hecho y las soluciones empiezan a desplegarse. Porque el futuro no se decide solo en grandes acuerdos o cifras macroeconómicas. Se juega cada día en los hogares: en quién cuida, quién puede hacerlo y a qué coste. Y ese es, quizá, el debate más decisivo de nuestro tiempo.